

del Texto del capitulo antecedente, que los havia convidado Gedeon para la batalla: ¿pues cómo se quexan de que no los llamó? Porque los llamó con todas las demás Tribus, y queria su sobervia, que el convidarlos à ellos fuese con muy especial ceremonia: *Putabant (dice el Abulense) se contemni, si non observarentur eis multa caremonia honoris.* ¡Ah, cuántas, que parecen finezas de amor, son dorados pretextos de la mas villana ruindad, y con un puntillo, que alegan para el sentimiento, ocultan venenosas puntas de solapados odios! ¿Qué murmuró, qué habló, qué dixo? Y por ese chisme de una criada, por ese cuento de un hombre ruin, ò de un lacayo, se han de estar ardiendo dos casas? Y lo ha de saber, y lo ha de murmurar, y lo ha de reir toda la República? Que casó la otra, ò el otro à disgusto mio, y deshonor de su linage. Quizá no es tan en deshonor como lo finge vuestra sobervia. ¿Mas pregunto: ¿Porque no le habéis, ni lo veais, dexa él de ser vuestro pariente, ò vuestro hijo? No. ¿Se deshace por eso el casamiento? Menos: Pues padece por aquel casamiento la deshonor, y perder por ese odio el alma? Honra, y alma perdidas? ¡Oh, Dios! Qué necedad mayor, que remediar una pérdida con otra pérdida, y perder el alma; ¿porque os parece que se perdió la honra? Los Bárbaros, nos dice hoy Jesu-Christo, la gente sin Dios, los Gentiles, comunican, y saludan à sus parientes: *Si salutaveritis fratres vestros tantum, nonne, & ethnice hoc faciunt?* ¡Oh, Señor! Y si ni aun esto hacen vuestros Christianos, qué diremos? Pues hacen punto de honra lo que aun los mismos Gentiles miran como à infamia.

Facil prueba nos ofrecen dificiles palabras del segundo del Paralypomenon: *Congregati sunt contra Israel filii Moab, & filii Ammon, & cum eis de Ammonitis.* (2 Paralypom. cap. 10.) No es menester mas que leerlas, para que todos al punto conozcan su dificultad. Dice, que se coligaron en armas contra los Israélitas los hijos de Moab, y los hijos de Amón; y con estos algunos Amonitas. Hay tales palabras! ¿Los hijos de Amón, y algunos Amonitas? Es lo mismo, que si dixera: Se juntaron los de Roma, y con ellos algunos Romanos: los de España, y con ellos algunos Españoles. ¿Pues para qué es esta repetición tan ociosa? No lo es, dice San Gerónimo, porque esos que llama Amonitas, no lo eran en la nacion, por eso no los llama hijos de Amón: eran Amonitas solo en el trage, porque esos eran Iduméos. Basta la autoridad de tanto Padre, para sacarnos de esta duda; pero aun queda otra: porque si son Iduméos, por qué se han de llamar Amonitas? *Et cum eis de Amonitis?* Es el caso, dice San Gerónimo, que la guerra se hacía contra los de Israél, contra los hijos de Jacob, y los Iduméos eran hijos, y descendientes de Esaú, hermano de Jacob, eran parientes suyos, pues pelear contra sus parientes, dióles vergüenza à los Iduméos, y qué hacen? Mudanse el trage, y quieren mas ayna llamarse Amonitas, porque no les quede la infamia de que se diga en el

mundo, que unos parientes hacen guerra como enemigos à otros parientes. ¡Oh, qué de alma tienen las palabras de San Gerónimo: *Ob reverentiam patris nominis volebant in pristino habitu armare contra Israel, sed transfigurabant se inhabitum Ammonitarum.* (S. Hier. in qq. Hebr. in Par.) De modo, que unos Bárbaros tienen por infamia declararse contra sus parientes por enemigos, y entre Católicos se ha de tener por honra fundar la enemistad mas cruda en el mas estrecho parentesco?

Y si así pasa entre los que son de una sangre, ¿qué sucede entre los que son de un exercicio, y de un oficio? Yá lo responde la vulgaridad: *¿Quién es tu enemigo? El de tu oficio.* Y de estos, (¡oh, cuántos hay!) hay enemigos en los Palacios, en los Tribunales, en las Escuelas; hay enemigos en las tiendas de oficiales, y de mercederes; hay enemigos en las casas, y hay enemigos hasta en los Claustros; hay enemigas en las visitas, y hay enemigas en los estrados. ¡Oh, cuántos enemigos! Oh, que nunca vemos que se defaen! Es verdad; pero se deshonran. No sacan las espadas: así es; pero juegan las lenguas: no andan cargados de caravinas: es así; pero traen atacadas de veneno las intenciones: no se derraman la sangre: es verdad; pero hacen que corra sangre la reputación, y el credito: no se quitan las vidas: así es; pero se condenan las almas. Oh, que se hablan, se visitan, y se saludan: Sí; pero con qué políticas, con qué máquinas, con qué trazas? Nunca se han hecho agravios; es verdad, mas con todo eso son enemigos. ¿Pues por qué son estas tan perverfas enemistades? Ahí está el punto; y aguarden.

¿Qué agravio le hizo aquella santa muger Ana à la otra llamada Phenena, para que ésta continuamente la royera con murmuraciones, y aun la atormentara con oprobrios? (1. Reg. 1.) No fue mas el agravio, sino que era Ana de mejores prendas que no Phenena, y que por eso, aunque infecunda, mas querida de Elcana su marido. De modo, Señora, que porque la otra se os aventaje en la hermosura, en la discrecion, en las prendas, sin haveros hecho mal alguno, le haveis de tener tan por enemiga, que ha de ser todo el blanco de los apodos, de la murmuración, y de la risa? y que solo un pelo que le noteis, ha de ser por vuestras bocas el platillo de los estrados? Dura cosa por cierto. ¿Qué ofensa le hizo David à Saúl para que con tanto rencor tirara por tantas veces à quitarle la vida? Toda la ofensa fue, despues de darle la salud, asegurarle el Reyno, y conseguir insignes victorias, que allá le llevó David no sé que aplausos de las damas de Jerusalén, y que acá el mismo Dios le dió el decreto para suceder à Saúl en el Reyno. De modo, caballero, pretendiente, que porque el otro haciendo como vos su diligencia, por su maña, por su brazo, ò sea por su mano, logró la gracia, ganó el decreto, alcanzó el oficio, sin haveros hecho otra ofensa, lo haveis de coger por tan enemigo, que al punto hemos de saber todos por vuestra boca, quiénes fueron sus abuelos, cuáles sus procederes, y de dónde fueron sus principios? ¡Terrible caso! Qué agravios los hizo

hizo allá Jacob à los hijos de Labain, para que ellos tan à boca llena dixeran, que era un ladrón al verlo rico? *Tulit Jacob omnia, qua fuerant Patris nostri.* (Genes. 13.) El agravio que les hizo fue servirle à su Padre catorce años, como un esclavo; hacer con él pactos muy licitos; premiarle Dios su trabajo, y aumentarle su hacienda. De modo, Mercader, Oficial, Tratante, que porque al otro le envia Dios la suerte à sus puertas; porque véis que gana, porque véis que sube, porque véis que se aumenta, sin hacerte à tí mal alguno, lo has de tener tan por enemigo, que no sosiegues por armarle la zancadilla, y por arruinarlo en el credito? Grave desdicha! Y por abreviar, qué agravio hizo Abél à Caín? Joseph à sus hermanos? Y por qué ni aun el Cielo se escapó de esta peste? Qué agravio le hizo el Verbo de Dios Encarnado à Lucifer tan amotinado, y rebelde? ¡Oh, qué de enemistades sin agravios! qué de odios sin ofensas, tanto mas perniciosos, quanto mas ocultos! Y si no, qué daños se figuen de estas solapadas enemistades?

¡Ah, mi Dios, y cuál está el mundo! Exclama el mayor Sabio, y mejor defengañado Salomón: *Vidi calumnias, qua sub sole geruntur, & lacrymas innocentium & neminem consolatorem.* (Eccl. 4.) Estoy viendo hervir las calumnias, los falsos testimonios, las imposturas, las deshonoras: el que ayer tan honrado, yá caído; el que ayer con caudal, yá perdido: gime oprimido à las violencias del desvalido, y no le queda al inocente otro consuelo en su total desdicha, que sus lagrimas. ¡Ah, mundo! Dichoso el que con la muerte se ha librado yá de tal vida, y mas dichoso el que no ha nacido à vér, y padecer tanto tropél de desventuras! ¿Pero si tantos caen, sin haberse por qué; si tantos se arruinan, sin vér como alguna mano anda aqui, que por lo baxo mueve tantas desdichas; qué mano tan poderosa será la que así tratorna todo un Mundo? Pues en verdad, que por mas que se esconda, yo la he de averiguar. ¿Y miren quién? un Salomón: puso à pensarlo de espacio: *Rursus contemplatus sum.* Fue cotejando sucesos, fue atando cabos, y halló el fin. ¿Qué es lo que halló? Yá lo dice: *Omnes labores hominum, & industrias animadverti patere invidia proximi.* He advertido yá, dice, que no hace acción el hombre, ò yá sea de las que acaba la mas afanosa fatiga, ò yá las que consigue la mas mañosa industria, que no esté patente à la embidia del vecino, del compañero, del de su profesion, y de su oficio: ese es el que allí llama proximo, dixo nuestro Cornelio: *Invidia enim est inter aequales, & ejusdem artis, figulus figulo invidet, faber fabro:* Bien está; mas qué tiene eso que vér con las calumnias, los gemidos, las violencias, las lagrimas de que se acaba de lamentar? Qué? Que esa es toda la causa de tantos males. *A calumnia, prosigue Cornelio, transit ad invidiam, tamquam ab effectu ad causam: invidus enim calumniatur facta alterius, ab ea obscurat.* ¿Pues qué os parece, que esos mirones no hacen mas que mirar? Aquel atillar, aquel escrudiñar, aquel

averigar, aquel notar, no páramas que en eso? Pues ellos son los que destruyen, los que arruinan, y los que pierden. ¿Por qué aquel cayó de la gracia del poderoso? Porque el otro mirón le armó el chisme. ¿Por qué à aquel oficial le quitan aun el trabajar en su oficio? Porque hay muchos Veedores, que son Veedores de la embidia. ¿Por qué aquel Mercader titubea en el credito? Porque no siendo tyrano vendía, y le han levantado, que quema los otros, que porque ellos no venden se quemán. ¿Por qué aquella pobre muger vive en un infierno con su marido? Porque la otra vil ramera la ha puesto mal con él, por estafar ella. ¡Oh, qué proximos tan perniciosamente enemigos! *Patere invidia proximi.*

Arroja el Rey Darío à Daniél en un lago de hambrientos Leones, y cerrando luego el lago con una grande peña, lo sella con su Anillo Real. ¡Ah, tales diligencias! Si Daniél no podia subir un lago tan profundo, ¿qué importaba dexarlo abierto? Y si yá seguro con un peñasco, para qué luego todo un Real Sello? Sin todo eso, cómo podia escapar el miserable Profeta? No son para él esas diligencias, nos dice el Texto Santo, antes son todas en su favor: *Ne quid fieret contra Danielelem.* Es porque no le hagan algun daño. ¡Hay mas extraña cosa! Pues es muy bueno, que lo dexan en el profundo entre Leones hambrientos, y en lo de fuera le ponen la defensa: cierre Darío de aquellos hambrientos Leones las bocas, que la boca del lago, antes es cerrarle del todo su escape. No lo haveis entendido (nos responde Darío) son los Cortesanos de mi Palacio los que tiran à quitar la vida al Profeta, porque se les aventaja en la privanza; pues de su virtud seguro estoy que no se le atreverán los Leones; pero no estoy seguro de la embidia, que desde fuera no le quitará la vida; pues puede entre Leones hambrientos, que menos fieros serán que Cortesanos embidiosos; que si de aquellos con quien vive no se libra, de las mas sangrientas fieras se escapa: tal es la enemistad que corre tan solapada entre los que son de un exercicio, que gana en crueldad à la mayor fiereza.

Pero aun se estiende la amistad entre los que se llaman amigos, y debiendole servir de escarmiento en Judas, ese toman por exemplar: *Veruntamen* (dice gravemente sentido nuestro Redentor) *ecce manus tradentis me mecum est in mensa.* (Luca 22.) La mano del que me ha de entregar está en la mesa conmigo. ¿La mano, Señor? la mano? Pues no está ahí en la mesa con vos Judas? Cómo puede estar esa mano sola? Porque mientras la mano en el plato, está allá todo aquel maldito corazón en la venta. ¡Pues, oh, qué manos de estas se juntan en la mesa, se besan en la calle, que no son mas que manos, quando mas apartado está el corazón! *Ecce manus.* Mano para la bolsa, mano para la mesa, mano para la propia conveniencia, mano para conseguir; y en fin, mano de Judas para perder, mano de tinieblas para matar luces. De todos previno la quexa sentidísima el Señor por boca de David (gran texto) al Psalmo

mo treinta y quatro: *Quoniam mihi quidem pacificè loquabantur, & in iracundia terra loquentes dolos cogitabant.* Hablan con amidad, muy dulces de palabras; pero mientras así están hablando, con una ira de la tierra están en el pensamiento trazando la zancadilla. Todo el texto estaba claro, si una palabra sola no fuera tan difícil: *In iracundia terra*, con ira de la tierra. ¿Qué ira es esta? Si es por lo terrible, diga que con una ira de infierno: si es por lo fiero, diga que con una ira de demonio; aun es poca toda esa, dice nuestro Lorino, y por eso para significar la ira mas terrible, mas formidable, la llama ira de la tierra. ¿Pues cuándo vemos esta ira tan formidable de la tierra? Nunca, y en eso está lo mas terrible. Notad: Los otros elementos se suelen declarar enemigos; el fuego, quién no teme su cólera? quién no la huye? El ayre, y el agua, cuando en esos mares se conjuran, qué horror no ponen con su furia? Los navegantes lo digan, que aun antes de salir del puerto ya los temen; pero a la tierra, quién la teme? Nadie: es el elemento amigo, el que nos sustenta, el que nos carga. ¡Pero he aquí, que quando así nos está favoreciendo, sin dar a entender nada, allá por lo mas escondido de sus senos, concebida su cólera de repente, qué temblor! qué horror! Todo se estremece, crujen los techos, se sacuden los edificios, bambanean las torres; y cuántas veces ha dexado una Ciudad hecha un común sepulcro? pues esa es la ira de la tierra: *In commotionibus terra.* Vuelven otros una ira solapada; que quando menos lo pensamos, nos derriba, un elemento, que siendo nuestro amigo, quando mas descuidados, nos arruina; pues esa es la ira mas temerosa, esa es en medio de la amistad la enemistad mas terrible: *Et in iracundia terra loquentes dolos cogitabant.* ¿Y si hay de estos amigos tantos, cuáles en fin son los enemigos, que hoy nos manda amar Jesu-Christo? No sé si diga que todos, pues aun los mas proximos son los mas enemigos.

Yá, pues, con todos habla igualmente nuestro Divino Redentor, con enemigos declarados, y con solapados enemigos, con los que en el interior ocultan rebozado el odio, y con los que en lo exterior declaran manifestar la enemistad; con los que aborrecen, porque les hicieron agravios, y con los que sin haberles hecho agravio aborrecen: *Diligite inimicos vestros.* Y si en este amor consiste nuestra vida, estriva nuestra salvacion, triunfe yá en nuestros corazones el amor verdadero de todos nuestros proximos, pues no bastan con Dios aparentes ceremonias de solas palabras.

¡Oh, Soberano Dios de la paz! Oh, benignísimo Dios de la clemencia! Oh, Jesús, amoroso dueño de nuestros corazones! ¿Si en esa Cruz, haviendos puesto el odio de vuestros enemigos así, nos estais enseñando a perdonar agravios, cómo havra corazón que se os resista, voluntad que no os imite, amor que no os obedezca? Quién havrá que se niegue a vuestro precepto, a vitta de vuestro exemplo? Yá todos, mi Jesús, os seguimos, todos ofrecemos desde aquí el amor verdadero a quantos nos han

ofendido: todos, dixen? ¡Oh, que no sé quantos de mi auditorio se niegan todavia a conceder este amor tan noble! pues apartense del número de los escogidos de Dios; separense del rebaño, que en esta Iglesia tiene Jesu-Christo, y yá apartados esos desventurados, yo, mi Dios, mojando la pluma en esa Sangre preciosísima de vuestro costado escribo desde aqui en nombre de estos vuestros escogidos que me oyén, un general perdon. Diganlo conmigo los que quieren aprovecharse de esta Sangre. Yo, Señor, en esos vuestros Sacratísimos pies deo, y depongo quantos agravios he recibido, y quantos en lo venidero me hicieren; y yo os sacrifico todo el dolor de mis sentimientos por víctima de vuestra honra; y desde aqui ofrezco de todo mi corazón la paz, y el perdon a todos los que me lo pidieren, y propongo yo de pedirlo a los que he agraviado, y prometo recibir con todo el amor de mi alma a los que me han sido enemigos. Perdonadme, mi Jesús, con aquella piedad con que yo perdono: recibidme a vuestros brazos, como yo a los míos admito los que me han ofendido, para que quando desatada esté mi alma del cuerpo, y presentada a vuestro severísimo Tribunal, mis pecados me acusen, vos seais mi Defensor, vos mi Abogado; palabra me habeis dado de que me perdonareis, si yo perdono; pues yo perdono, y con vuestra misma Sangre lo firmo. ¿Christianos, hay alguno que no quiera firmarlo así? Declárese, que yo con esta misma Sangre de Jesu-Christo firmaré desde aqui la sentencia de su eterna condenacion. Perezca el desventurado, perezca quien a Christo le niegue la demanda tan justa, y aquella misma Sangre, que lo havia de salvar, esa sea la que le condene: no halle piedad quien no la tiene; no consiga perdon quien no lo dá; no loge misericordia quien no la usa; cayga, cayga, y prevalezcan contra él todos sus enemigos; quede su muger viuda, huerfanos sus hijos, y sus descendientes anden descariados, pobres, mendigos; arruínese su casa, disípese su hacienda, y borrese de la tierra el nombre: *Et dispereat de terra memoria ejus, pro eo quod non est recordatus facere misericordiam.* Duren firmes en los archivos de Dios las memorias de todos sus delitos, para que quando parezca en aquel espantoso Tribunal, sea juzgado sin misericordia, quien no supo tenerla: y quien no quiso perdonar, salga de aquel Tribunal para siempre condenado: *Cum judicatur, exeat condemnatus.* ¡Oh! no permita, Señor, tu pied ad infinita, que haya en este auditorio alguno, o alguna, que hoy quiera salir de esta Iglesia condenado, que se quiera echar sobre sí estas espantosas maldiciones de las Divinas Escrituras, por conservar en su corazón un odio maldito; sino que todos con veras de nuestro corazón firmemos este general perdon. Perdonamos, mi Dios, porque tú nos perdones: ofrecemos a todos nuestro amor, porque tú nos ames; admitimos a todos a nuestra amistad, porque tú nos recibas a tu gracia.

RE-

RECETA DE SALUD DE LAS tres principales enfermedades de la Piscina.

Segundo Viernes de Quaresma, año de 1691.

*In his jacebat multitudo magna languentium corporum, claudorum, & aridorum.* Joan. cap. 5.

**E**Rase en Jerusalén una prodigiosa Piscina, no en vano así llamada del comun, pues que aunque no tenia peces, parece que se pescaban en sus aguas los milagros, hallando en ellas todas las enfermedades, como de lance, la salud. *Probatica* era el nombre de su oficio, porque no estuviere ociosa mientras no hacía milagros, que no havian de ser estos pretexto para escularse del trabajo. Servían, pues, de ordinario sus aguas de lavar para sus sacrificios al cercano Templo las víctimas; y no por emplearse así en este ejercicio sus aguas, dexaban de atender al Cielo, de donde les venía su virtud. Todo lo juntó el Hebréo, llamandola *Bethesda*, casa de misericordia, donde, sin omitirse diligencias humanas, asisten focorros divinos. Así sucedía allí; porque a tiempos no provenidos, baxando del Cielo un Angel, movia invisiblemente las aguas; y a su alboroto, siguiendose el alboroto en los enfermos, a toda prisa, unos tropezando con otros, el que primero caía, ese era solo el que se levantaba: eso es acudir con prontitud quando llamaba Dios: que lo que nos parece caer es levantar; lo que nos parece ahogo es salud, y el que con resolucion pierde el pie con que estrivaba en la tierra, ese en las aguas de la gracia gana todo el cuerpo para el Cielo. A la esperanza, pues, de este milagro, en cinco soportales, que la rodeaban, yacía una multitud grande de enfermos, entreteniendo los ayes de su padecer con la mas costosa receta del esperar. ¡Cosa rara! las aguas de salud, y a sus orillas muchos enfermos! Muchos sanos, dixera yo, pero eran enfermos de confiados; por eso, despreciando las medicinas, duraban en sus achaques con decir: Ahí está la Piscina. Ahí está la confesion: dicen acá enfermos mas peligrosos: haré este pecado, que luego me confesaré. ¿Y yá sabes que te confesarás? Y yá sabes que te confesarás bien? Y yá sabes que te quiera dar Dios el auxilio, que tanto le has desmerecido? ¡Oh, confianza necia, que a tantos dexó sin remedio en la misma salud! No está lejos la prueba. Aquellas aguas sanaban los enfermos; pero cuántos no sanarian? Cuántos rendirian entre gemidos la vida allí, allí a las mismas orillas de su remedio? De uno sabemos, que contaba yá treinta y ocho años de cama, y en ella treinta y ocho edades de dolores, y treinta y ocho figlos de deseos; en su enferme-

dad, dice el Evangelista: *In infirmitate sua*, claro está que havia de ser fuya; no es tan claro, que pudiera estar enfermo de la enfermedad agena. Diganlo quantos viven de ser corredores de culpas, de escandalizar, de consentir, y tapar. Suya era la enfermedad de aquel pobre, fuya era; ¿pero qué enfermedad? El Evangelista del todo nos la calla: mas yá todos han dado en decir que él era el Parálitico, y se han salido con ello. No sé que tiene esta voz comun del Pueblo, aun quando callan los Evangelistas. Ello lo debieron de sacar por los efectos, ù de que no se movia, ù de que era esto con mucha dificultad. ¿Así? Pues parálitico es. ¿Qué importa que se quiera solapar el achaque mientras lo están manifestando los efectos?

Este, pues, era el estado de aquel Hospital, y Piscina, quando se llegó la Pasqua. ¿Cuál de ellas? No lo dicen; y sea la que fuere, que para nuestra Vida Cristo, en haciendo bien a los hombres, esa es su fiesta toda, y es su Pasqua. Entonces, pues, entró el Señor allí, y llevando en sus ojos las dos mejores fuentes de salud, se los robó desde luego, quizá por mas necesitado, aquel de treinta y ocho años enfermo. ¡Fuese acercando hácia él, qué hermosamente apacible! Y sin mas ostentacion de aparato, (que siempre atiende Dios al mas fruto) ¿hombre, le dice, quieres sanar? El entonces, mostrando que tanto como su enfermedad prolija le afligia su total desamparo, de este se lamenta, y dexa que su querer, su misma necesidad lo publique muda. ¿Qué quiero, (como si dixera) qué quiero? Para eso estoy aquí, y ha treinta y ocho años que de día, y de noche estoy queriendo. Pero soy tan desdichado, que sobrandome dolores, porque ni este me falte, no hay quien de mí se duela: ni puedo valerme yo, ni tengo quien me valga; un hombre solo no tengo, que quando se revuelven esas aguas, me arroje en ellas; y si bien hago mi diligencia, por mas prisa que quiero darme, como vá tan despacio mi achaque, siempre llevo tarde. ¿Así? Pues levántate, dice el Señor, levántate, carga esa tu camilla, y anda, vete. ¿Cómo, Señor? Y no hay mas que eso para un enfermo de tantos años? No hubo mas: levantóse, recogió sus pobres trapos, hechóse los al hombro, y fue. ¿Y fue? cuándo suspensa toda la admiracion no se mueve? Y fue? cuándo atonito se queda embelesado el pasmo? Y fue? cuándo suspensa se pára el discurso? Fue, descontando en un instante solo de salud, treinta y ocho años de miserias. ¡Estupendo milagro! ¿Pero los demás enfermos? Esos acá se quedan para que ellos busquen, y les busquemos la salud, que basta dexarles yá el Señor, para que la consigan, la receta; no hemos de querer que lo haga Dios todo. Apenas sale aquel con su camilla acuestas, quando los Fariseos le meten a pleyto el milagro, con que no puede hacerse en Sabado. Dexemos los rabiar embidiosos, que para nosotros si el Sá-